

# Bandas o castas neobarrocas en Ciudad de México

Carles Feixa Pampòls

## Resumen

El texto supone una reflexión desde el terreno de la antropología de la juventud, sobre una de las macrociudades del planeta, México Distrito Federal. A partir del trabajo de campo con *chavos banda*, se exploran las microculturas y estilos juveniles emergentes en esta ciudad (bandas, «tribus urbanas» o *neocastas*) que reflejan y cuestionan diferentes regiones morales de un complejo y extenso sistema metropolitano –que puede ser etiquetado como barroco–, marcado por experiencias intersticiales, de desorganización y reorganización social.

## México defé, ¿una ciudad neobarroca?

«Ven, déjate caer en la cicatriz lunar de nuestra ciudad, ciudad puñado de alcantarillas, ciudad presencia de todos nuestros olvidos, ciudad dolor inmóvil, ciudad a fuego lento, ciudad con el agua al cuello, ciudad de los nervios negros, ciudad del tianguis sumiso, ciudad perra, ciudad famélica, suntuosa villa, ciudad lepra y cólera hundida, ciudad...» (Carlos Fuentes, *La región más transparente*).

En septiembre de 1990 aterricé por primera vez en la ciudad de México. Desde lo alto, la «cicatriz lunar de nuestra ciudad» emergía del fondo de un valle sin río, situado a más de 2200 metros de altura, en el que se podían divisar los restos de un antiguo sistema lacustre, presidido por dos volcanes majestuosos. Era ya de noche, y las luces de la metrópoli aparecieron de repente en el horizonte, casi sin avisar. La urbe semejava a un inmenso campo sembrado de luciérnagas. A medida que el avión se acercaba a tierra, las lucecitas se hacían más densas y compactas, cubriendo todo el panorama. De no haber sabido que el aeropuerto fue engullido hace tiempo por el crecimiento metropolitano, habría temido ir a estrellarme en medio de un mar de casas de *concreto*. Esa impresión de inmensidad y desmesura ya no me abandonaría a lo largo de todo el año que duró mi estan-

cia en la gloriosa y afamada Nueva Tenochtitlan. Durante ese tiempo fuimos descubriendo, poco a poco, algunas de las múltiples caras de la megalópolis (que nuestros amigos denominaban «Detritus Funeral», «Chilangolandia», o simplemente «Defé»). Pues en México no hay una sino muchas ciudades: la de los indígenas de Iztapalapa y la de los *güeritos* de San Ángel; la de los mestizos de Naucalpan y la de los judíos de Polanco; la de los ejecutivos de las Lomas y la de los chicieros de Reforma; la de los *chavos fresa* de Insurgentes y la de los *chavos banda* de Neza. Ciudades que sobreponen múltiples espacios y tiempos urbanos. Espacios lujosos (la Zona Rosa) y degradados (las vecindades de Tepito), urbanizados y suburbanos, vernáculos y universales. Espacios y tiempos que a diario se hibridan en el zócalo, esa gran metáfora del orden y del caos urbanos, ese *tianguis* (mercado callejero) alocado y multitudinario, donde los concheros (danzantes de reminiscencias prehispánicas) conviven con rockeros, las *marías* (mujeres indígenas) con *gabachos* (turistas gringos), los pelones (soldados de quinta) con *güevones* (vagos), *prietitos* con *güeritos*, *priístas* con *perredistas*, triciclos con Volkswagen, tacos con burgers, quetzacóatl con pepsicóatl.

No hay más que visitar la catedral metropolitana de México, las iglesias de Coyoacán, el monasterio de Tepozotlán, para evocar la magnificencia del arte barroco en la suntuosa villa de la que hablara Carlos Fuentes. El barroco fue sin duda el estilo que mejor favoreció el mestizaje y el sincretismo entre las cosmologías indígenas y las sensibilidades novohispanas. Perdido en la gran ciudad, el arte barroco es hoy pasto de las llamas metropolitanas, pero quizá renace con fuerza en las formas de vida amalgamadas, espontáneas, sincréticas de las bandas juveniles que desde la periferia invaden el centro del DF. Las bandas y castas juveniles neobarrocas que proliferan en esta macrociudad van ocupando silenciosa y ordenadamente el espacio público, tejiendo redes de solidaridad y conflicto, ornamentando esquinas, bardas, calles, plazas y colonias con su presencia inquietante, ofreciendo símbolos abigarrados del esplendor y la decadencia urbanos, produciendo respuestas mestizas, híbridadas, equívocas.

El sociólogo portugués José Machado Pais ha sugerido la hipótesis de un resurgimiento de lo barroco en muchos estilos de vida juveniles contemporáneos. En todo arte barroco hay una propensión manifiesta a la apertura. En la música, en la pintura, en la escultura o en la literatura hay una llamada al éxtasis de los sentidos. La desenvuelta apertura de formas se manifiesta mediante el radicalismo de lo inventivo, lo arbitrario, lo no estipulable. El lenguaje barroco se desarrolla, en su urgencia comunicativa o en el estímulo a la flexibilidad de estructuras, en torno a tres vectores prin-

cipales que, actualmente, caracterizan también muchas manifestaciones de las culturas juveniles: lo lúdico, el énfasis visual y lo persuasorio. Estas características son las que llevan a Calabrese a hablar de una era neobarroca. En efecto, en muchos estilos juveniles encontramos un énfasis de lo visual, un juego creativo con las formas, un vértigo de lo lúdico, una identificación persuasoria con símbolos que marcan y distinguen una plenitud existencial. La magnificencia ostentosa de lo ritual, propia del barroco, se encuentra presente en la estilización artística de las culturas juveniles. La estilización misma arrastra el reconocimiento de lo lúdico. Una de las características más relevantes de esta era neobarroca es el ritmo y la repetición que se expresan por la confrontación de diferentes fórmulas repetitivas que van desde la variación de un idéntico a la identidad de varios diferentes. Es lo que pasa con el *rock*, basado en un variar organizado, en un policentrismo, en una irregularidad regulada, en un ritmo frenético, y con el *grafiti*, donde el rebuscamiento de efectos variados contrasta con el esquematismo narrativo de sus contenidos.

## El Chopo

«Cuando dos mexicanos se juntan, arman un tianguis». Es el nombre en náhuatl del mercado callejero que, en efecto, es una verdadera institución nacional en México. El trueque, la venta, el comentario, el paseo, son actividades que articulan espacios de convivencia e intercambio, de origen prehispánico, que a través de múltiples formas han pervivido a lo largo de los siglos. El Tianguis Cultural del Chopo es una de las variantes contemporáneas de esta vieja tradición: se trata del mercado creado espontáneamente por coleccionistas de rock y *chavos banda* hacia 1980, que a pesar de diversos cambios de escenario, clausuras, algunas metamorfosis y múltiples *razzias* policiales, ha cristalizado en un espacio creativo y autogestionado que cada sábado congrega a millares de jóvenes en su actual ubicación detrás de la Terminal de Ferrocarriles Buenavista, no muy lejos de la tristemente célebre plaza de las Tres Culturas. Sobre las 12 de la mañana estamos citados en el metro Revolución con Maritza, socióloga peruana que está estudiando el rock mexicano, y que fue quien nos habló por primera vez del Chopo (el acceso a este mundo de iniciados proviene siempre de la información oral). En el camino hacia el tianguis nos vamos juntando con una hilera de *chavos* y *chavas* de aspecto extravagante, que se dirigen al mismo sitio o retornan satisfechos con un disco o un fanzine bajo el brazo. Detrás de la estación de trenes se abre la calle de Aldama, en una